

DEUDA DE EDAD

Si ser adulto significa valerse por sí mismo, hacer migas con la rutina y perder las ganas de volar entonces lo soy, le dije a aquel hombre del chaleco naranja que preguntaba por mi edad. Aún recuerda mi memoria (no así mi corazón) el espíritu de aquel chiquillo que era, corriendo libre por las calles de Alepo, sumergido en alguna aventura con mis amigos, sin importarme el devenir de las cosas, sin añorar ni un instante pasado, feliz. Mi infancia se rompió como las vidrieras que abrigaban la calma de mi hogar aquel primer día de bombardeos. Muchos niños dejamos de ser niños durante esos días, el resto, dejó de ser simplemente. Una generación entera obligada a convertirse en adulta en aquella tormenta de odio, aquella jaula de gritos y miradas de piedra que impedía palpar la esperanza, donde la metralla arrancaba de un plumazo nuestros sueños, y por tanto nuestra juventud, ¿quién devuelve eso eh?

Nadie se monta en una embarcación como esa sin haberlo intentado todo antes, éramos conscientes del peligro al que nos enfrentábamos. Estoy preparado para lo que me tenga que decir, la guerra me ha hecho adulto antes de fecha. Ahora responde: ¿dónde está mi madre y mis hermanos? (le volví a preguntar con más firmeza que la primera vez). El hombre calló durante unos segundos, me ayudó a incorporarme y me acompañó a la cubierta, donde otros tipos con chaleco naranja ordenaban unos montículos envueltos en plástico.

Niño Zetta